

los romanos. Despues, hablando á los gefes á quienes se dirigió el edicto, dice: «Sabed, que á pesar de cualquiera otra orden que hayais recibido contraria á esta, es nuestra voluntad mandar ahora pura y sencillamente que todo el que quiera profesar la Religion cristiana, pueda hacerlo, sin que por ello sea molestado ni inquietado de modo alguno: todo lo cual os declaramos, haciéndoos saber que hemos concedido generalmente á los cristianos facultad amplia para ejercer su Religion. Hemos dispuesto además, que si los parages en que estos se reunian antiguamente (respecto de los cuales habeis recibido en otro tiempo diversas órdenes) hubieren sido comprados por particulares, sean restituidos á los cristianos, sin que ni el fisco ni ninguna otra persona puedan reclamar su valor, y sin demora ni dificultad alguna; que los que los hubiesen habido por gracia, los devuelvan del mismo modo cuanto antes; y que así los que los hubieran comprado como los que los habian recibido por gracia, acudan al vicario de la provincia á recibir de su mano lo que de nuestra bondad pueden prometerse. Por tanto volvereis á poner inmediatamente á la sociedad de los cristianos en posesion de todos los susodichos lugares; y siendo

notorio que tenían además otros bienes pertenecientes á su comunidad, es decir, á las iglesias y no á los particulares, habeis restituir á estas comunidades ó corporaciones todos aquellos bienes, sin la menor oposicion ni dificultad, reservando á los que los devuelvan sin reintegrarse del valor el derecho de recurrir á Nos para su indemnizacion. En cuanto llevamos mandado, queremos que hagais uso de toda la autoridad de vuestro ministerio, y de la manera mas pronta y eficaz, para que la bondad de Dios, cuyos beneficios hemos ya experimentado en tantas y tan importantes ocasiones, no cese de llenarnos de prosperidades, como tambien á todos nuestros pueblos. Y para que este edicto llegue á noticia de todos, le mandareis fijar en los parages públicos para que nadie pueda alegar ignorancia.»

Este es el edicto de Constantino y de Licinio (distinto de una ordenanza promulgada en el año de 313, concerniente á los privilegios de las iglesias y de los clérigos); el cual, así que llegó á las provincias con los primeros rescriptos, proporcionó á la Iglesia una paz general y estable, la primera, propiamente hablando, que habia gozado desde su establecimiento.

LIBRO SETIMO.

Desde la paz dada á la Iglesia en el año 313, hasta la muerte de Constantino, en el año 337.

La libertad que los emperadores dieron con su edicto á la Iglesia, y la singular proteccion que la dispensaba Constantino, cambiaron en poco tiempo toda la faz del imperio: los fieles se presentaban con seguridad por do quiera, y una santa alegría se mostraba en sus semblantes; el nombre cristiano dejó de mirarse como un nombre impío y de ser aborrecido como tal; las prisiones no estaban llenas de inocentes victimas; los fugitivos y los desterrados volvian en tropas á sus hogares; las ovejas se reunian en sus rediles despues de la mas lamentable dispersion, y los pastores comparecian de nuevo al frente de ellas (1). En las ciudades y fuera de ellas se veia por todas partes reedificarse nuevas iglesias mas grandes y magníficas que las antiguas; y el religioso emperador se anticipaba á los deseos de los pueblos y de los obispos mas celosos por la gloria de la casa de Dios, contribuyendo á todos los gastos con una magnificencia digna de un César que con los mas patentes milagros habia visto que todo su poder lo debia al Autor de cuanto existe.

Celebrábanse las consagraciones de aquellos templos con la mas pomposa solemnidad; reuniase gran número de prelados, y

era inmenso el concurso de los fieles de todas edades y condiciones; eran dias de fiesta y de regocijo, tan interesantes por la importancia del objeto y por la novedad del solemne y religioso aparato, como distantes de la licencia y disolucion de las ceremonias idolátricas. Los parientes y amigos que tornaban á verse despues de una larga separacion, acrecentaban la general alegría añadiendo los sentimientos naturales al divino entusiasmo de la Religion. En una palabra, el culto cristiano llegó á ser el mas principal, y casi el único que se ejercia en público. Ofreciase el adorable sacrificio, no ya en las tinieblas de las cavernas y subterráneos, sino bajo de doradas y brillantes bóvedas, resonando por do quiera el sonido de los instrumentos y cánticos celestiales, y pronunciándose discursos elocuentes, cuyo objeto era la alabanza, el triunfo, las acciones de gracias, y que servian para fomentar el fervor y la alegría general en aquellas divinas asambleas.

Constantino se esmeraba en obsequiar á los príncipes de la Iglesia, particularmente á los que habian combatido por la fé y conservaban en sus cuerpos las señales de sus gloriosas heridas (1): los sentaba á su

(1) Euseb. lib. 10 hist.

(1) Euseb. in vit. Constant. M.

mesa, y no reparando en su pobre ó desaliñado exterior, atendia únicamente al carácter y á la dignidad de que estaban revestidos; procurando ademas resarcir con largueza verdaderamente régia las pérdidas que habian sufrido los confesores y sin otra preferencia que la mayor ó menor necesidad que padecian y el grado de prosperidad y de pujanza de que antes gozaban y de que por sostener la fé habian sido privados.

No quedó satisfecho el celo de Constantino con proporcionar estos triunfos al cristianismo en el imperio de Occidente y en la parte del Oriente sujeta á Licinio; despachó el último edicto á Maximino, que reinaba en Egipto y en las provincias mas orientales del imperio, exhortándole vivamente á que se conformase con él y cuidase de su observancia. Este cruel tirano, siempre declarado enemigo de los siervos del verdadero Dios, temia romper abiertamente con sus compañeros; mas por otra parte no queria pareciese que obedecia. Asi, pues, tomó el siguiente medio: sin mandar publicar el edicto, se contentó con escribir á sus subalternos previniéndoles no atormentasen ya á los cristianos, y que solo empleasen la persuasion ó la seducion para atraerlos al culto de sus dioses. Tuvo poco despues noticia de que entre los papeles del tirano de Roma, Majencio, se habia encontrado despues de la muerte de este el tratado de alianza ofensiva formado entre los dos contra los otros dos emperadores; y juzgando de las intenciones de estos por las suyas, no dudó que le harian experimentar los efectos de su venganza tan pronto como pudieran.

Imaginándose, pues, que le seria mas conveniente adelantarse á ellos, y aprovechándose de la ocasion en que Licinio estaba en Italia enteramente ocupado en su boda, hizo una irrupcion en los Estados de este príncipe. Licinio reunió con la mayor

brevidad como unos treinta mil hombres, y volvió precipitadamente contra el pérfido Maximino, que al frente de mas de sesenta mil habia penetrado ya hasta Tracia. Propóníase Licinio impedirle pasar adelante ocupando los desfiladeros; pero como Maximino habia hecho ya esta diligencia de la que esperaba principalmente el éxito feliz de su empresa, se encontraba ya á este otro lado de las montañas, y estendiéndose por las llanuras puso á Licinio en la necesidad de presentarle la batalla. Maximino, para asegurarse aun mas de la victoria, prometió solemnemente á Júpiter que aboliria el nombre cristiano si derrotaba á su enemigo; mas aquella misma noche se apareció un ángel á Licinio y le exhortó á que se pudiese con todo su ejército bajo la proteccion del Omnipotente, prometiéndole el triunfo si asi lo ejecutaba. Refiere Lactancio que el mensajero celestial enseñó á Licinio una fórmula de oracion, la que mandó escribir este príncipe luego que se levantó, y distribuir gran número de copias al ejército (1). Estas infundieron en los soldados un valor indecible; todos pedian á voces que los llevasen al combate, y condescendiendo con sus instancias Licinio, señaló el dia de la batalla para el 1.º de mayo del mismo año 313, queriendo que Maximino quedase destruido, como Majencio, el mismo dia del aniversario de su exaltacion al trono. Pero el mismo tirano quiso adelantar un dia su desventurada suerte.

Noticiaron á Licinio que el enemigo se iba acercando en órden de batalla, y mediante sus disposiciones no tardaron en avistarse los dos ejércitos. Entonces descubriéndose la cabeza los soldados de Licinio, y levantando los ojos al cielo, dijeron por tres veces la oracion que habian apren-

(1) Lactant. de divin. Institut. n. 43.

dido, despues de haberla pronunciado el emperador del modo siguiente: «Vuestro nombre invocamos, oh gran Dios; Dios Santo, imploramos vuestra asistencia poderosa: á Vos encomendamos la justicia de nuestra causa; á Vos encomendamos nuestra salvacion; á Vos encomendamos la de nuestro imperio. Por Vos vivimos, vuestro brazo es el que alcanza las victorias, por Vos se consiguen los triunfos y las felicidades: Dios Omnipotente, Dios Santísimo, oid nuestras súplicas; á Vos levantamos los brazos en este dia; Dios Omnipotente, Dios Santísimo, prestad gratos oídos á nuestras plegarias.» Despues de repetir tres veces esta oracion, se arrojaron los soldados cristianos llenos de ardor y de esperanza sobre los de Maximino, sin atender á su escésivo número. Fueron los infieles tan pronto vencidos como atacados; pues apoderándose de sus ánimos un estúpido terror, les privó el uso de las armas; de modo que parecia que abanzaban, no para pelear, sino para ser degollados como víctimas ciegas. La mitad del ejército cayó al filo de la espada; y la otra mitad ó bien se rindió, ó se fugó precipitadamente. Retiróse Maximino con asombrosa celeridad hasta las gargantas del monte Tauro, y no creyéndose aun allí seguro, marchó á encerrarse en la ciudad de Tarsis: habíale turbado el juicio un espíritu de vértigo, y viéndose muy luego cercado por mar y por tierra, no halló otro recurso que el veneno.

Mas habiéndose antes hartado de carne y de vino, el efecto no pudo menos de ser muy lento; de manera que sentia se le abrasaban las entrañas poco á poco, y la fuerza de los dolores le hacia prorrumpir en espantosos alaridos, revolcándose por el suelo, mordiéndose de rabia, y dando con la cabeza contra las paredes con un furor que se le saltaron los ojos y quedó enteramente ciego. Los remordimientos que en

aquel instante le acometieron causaron su mas atroz tormento: se le figuraba estar viendo á Jesucristo sentado en su terrible tribunal, tomándole cuenta de su vida, y todos oían cómo le respondia en tono de un delincuente y dando los mayores gritos: *no soy yo, todo lo que hice fué contra mi voluntad.* Confesaba otras veces públicamente sus mas ocultas y vergonzosas maldades, y pedia misericordia por ellas. Cuatro dias pasó asi, y murió en este lastimoso estado, que parecia un anticipado infierno; por manera que es de creer que la divina justicia quiso ofrecer al mundo en la persona de Maximino el ejemplo mas palpable de un nuevo Antíoco, y se tiene por cierto que ademas de la pérdida de la vista, y del fuego que le devoraba en su interior, esperó antes de espirar, la mayor parte de los tormentos con que habia afligido á los mártires. Tal fué la muerte del mas impío de todos los perseguidores del cristianismo. Se cita como el primer ejemplo de una guerra formal de parte de los infieles contra una nacion cristiana la que hizo Maximino contra los pueblos de la Armenia mayor, únicamente porque profesaban el cristianismo.

Con la muerte de Maximino quedó Licinio dueño de todo el Oriente, y dirigiéndose al punto á su capital Antioquia, declaró á Maximino enemigo de la patria y mandó demoler sus estatuas. La muger del tirano fué arrojada en el rio Orontes, en el que aquella digna compañera del anti-Cristo de Siria se habia complacido en hacer morir una multitud de virgenes y mugeres virtuosas. Sus hijos, de los que el mayor apenas rayaba en los ocho años, murieron todos; y generalmente toda la estirpe de los últimos perseguidores del cristianismo quedó casi á un mismo tiempo esterminada. Candidiano, hijo de Galerio, y Severiano, hijo de Severo, fueron condenados á muer-

te y privados de la vida por sola la sospecha de haber puesto sus miras en la púrpura. Prisca, muger de Diocleciano, y su hija Valeria, viuda de Galerio, anduvieron errantes de pueblo en pueblo por espacio de quince meses y en traje de sirvientas; pero al fin las conocieron en Tesalónica y fueron condenadas á morir en un cadalso. Este espectáculo enterneció al pueblo, el cual desaprobaba altamente un rigor que parecia cruel é indigno de parte de Liciano; pero el Soberano Juez que distingue entre el delito del príncipe y el del súbdito para proporcionar la pena á la magnitud del escándalo, permitió este contratiempo para castigar á aquellas princesas que voluntariamente renunciaron la fé de Jesucristo, á pesar de los impulsos de la gracia y los gritos de su corazón. ¡Felices ellas, si las humillaciones que sufrieron al fin de su carrera las hicieron conocer con fruto los contratiempos de la vida humana, y fueron despues recibidas en descuento de sus pecados!

De estos rasgos evidentes de la divina justicia nos da noticia el sábio y piadoso Lactancio en su tratado de la *Muerte de los perseguidores*, escrito segun lo que habia visto por sus mismos ojos y oido á sus contemporáneos. Lactancio era natural de Africa, segun todas las apariencias; pero estaba avecindado en Nicomedia á donde habia ido por orden del emperador Diocleciano á enseñar la retórica. En la misma obra habla honrosamente de Licinio, lo cual hace presumir que aun no habia comenzado este príncipe su persecucion contra la Iglesia.

Este célebre escritor publicó otras muchas obras; pero las principales que han llegado hasta nosotros son el libro de la *Ira de Dios*, en el que desempeña perfectamente su título, probando que el Señor es tan justo como misericordioso; y los de la *Formacion del hombre* y de las *Instituciones*

*divinas*. El de la *Formacion*, escrito con el fin de probar que el hombre debe á Dios su creacion, y establecer sobre este principio la fé en la divina Providencia, se tiene por la primera produccion del autor, despues de su conversion, porque Lactancio habia nacido en las tinieblas de la infidelidad. No puede citarse testimonio alguno mas aceptable en favor de la Iglesia, que sus *Instituciones divinas*, divididas en siete libros, que se tienen por su obra maestra. El intento de Lactancio en ellos es responder á todos los que escribian contra la Religion cristiana, y refutar no solo los argumentos ya propuestos, sino los que pudieran proponerse en lo sucesivo; combatiendo al mismo tiempo con invencible energia la vanidad del paganismo, y destruyendo con admirable facilidad la ilusion de la idolatria; pues el carácter de Lactancio, ó la clase de estudios á que se aplicó, le inclinaban mas á destruir la impiedad y la mentira que á probar las verdades del cristianismo. Por otra parte, mas parece orador que teólogo, y trata nuestros misterios de un modo demasiado filosófico, mostrándose poco instruido en el fondo de la doctrina del cristianismo, cuyo estudio se echa de ver emprendió muy tarde. Puede sin embargo asegurarse con toda verdad que nadie defendió la Religion con un estilo mas limado y elocuente, y de un modo mas claro, mas vivo y al mismo tiempo mas sublime y agradable; por cuyo conjunto de circunstancias le da San Gerónimo con mucha razon el nombre de Ciceron cristiano.

A lo elevado de su ingenio reunia Lactancio un alma igualmente noble que para captarse la admiracion de los hombres nunca recurrió á los títulos y ventajas exteriores. Aunque casi todos confiesan que fué preceptor de Crispo, hijo de Constantino el Grande, nunca hace él mencion de este honroso empleo, que solo debia á su mérito,

ni de otra cualquier cosa que pudiese engrandecerle. Su desinterés, si es que esta palabra puede espresar suficientemente todo lo que queremos decir, su desinterés fué igual á esta tan ejemplar modestia; pues es bien notorio que su solicitud y buenos oficios para con el César, hijo mayor de un emperador tan benéfico y liberal como Constantino, muy lejos de enriquecerle, le dejaron siempre en un estado en el que no solamente se echa de menos la abundancia, sino tambien aun lo mas preciso, únicamente sin duda porque quiso vivir constantemente en la pobreza evangélica. Este es el testigo, ó mejor diremos, uno de los muchos testigos que nos anuncian los castigos ejemplares con que el Señor castigó á los posteros perseguidores de su Ley.

Asi que el piadoso Constantino supo la muerte de Maximino, conoció claramente la mano del Todopoderoso, y no cesaba de bendecirle por habérsele mostrado con toda la grandeza de su misericordia. Cuanto mas se estendia y consolidaba su imperio, tanto mayor era el tributo de reconocimiento y religiosidad de aquel digno emperador, cuyas liberalidades en favor de los ministros y siervos pobres de Jesucristo no tenian límites (1). De una sola vez mandó dar al obispo de Cartago, para socorro de sus feligreses, tres mil bolsas, suma que escedia á un millon y doscientos mil reales vellon de nuestra moneda: cantidad extraordinaria en aquel tiempo, respecto del objeto á que se destinaba; y aun en la carta que escribió con este motivo añadia que, si despues de distribuida aquella cantidad hallaba el obispo que no bastaba para el socorro de todas las necesidades, acudiese al intendente del distrito, quien tenia orden de suministrar al momento todo cuanto se le

pidiese. Libertó al propio tiempo de toda carga pública á los ministros de la Iglesia sujetos al obispo Ceciliano (tal es la expresion del rescripto); esto es, á todo el clero ortodoxo de Africa, con la mira de que no hubiese cosa que les distrajesse del servicio importante de la Religion; siendo esta la razon que se alegaba al procónsul Anulino al recomendarle eficazmente la inmediata ejecucion de aquellas órdenes terminantes. Tambien se le prevenia que luego del recibo de la carta hiciese restituir á las iglesias católicas todas cuantas posesiones hubiesen tenido en aquellas ciudades ó en otra cualquier parte y todo lo que ocupaban los infieles en virtud de las pasadas confiscaciones; concluyendo el religioso emperador de este modo: *vuestra prontitud será la que os asegure nuestra poderosa benevolencia.* Tambien es indudable que despachó iguales órdenes á todas las demas provincias.

Tocaba la celebracion de los juegos seculares de Roma en aquel año, el 315 de Jesucristo, y Constantino omitió aquellos ejercicios mezclados con idolatria, y muy vituperables ademas por la disolucion de costumbres á que daban lugar. Murmuraron de esta omision los paganos, temiendo ó fingiendo temer los desastres que pudieran sobrevenir al imperio si se abolia una costumbre para ellos tan sagrada; mas se despreciaron sus voces, y los cristianos prosiguieron implorando los divinos auxilios en favor de un protector tan magnánimo.

El celo de Constantino no se contentaba con poner á los fieles á cubierto de las violencias exteriores de sus contrarios; mandó ademas al procónsul Anulino se informase de los que perturbaban la paz de la Iglesia y los reprimiese bajo la direccion del obispo de Cartago. Aludia esto á los donatistas, que, como se ha visto, habian comenzado por separarse de sus legítimos pastores, y

(1) Euseb. lib. 10, hist. cap. 7; Zosim. lib. 1.